

Sebastià Gasch: «Las calles de Barcelona se pueblan de esculturas abstractas», *Edición de la Mañana*, 10 de julio de 1963, p. 49

Las esculturas o monumentos abstractos han proliferado como lianas en las calles y plazas de Barcelona junto a las pétreas levitas, chisteras y barbas o casacas empelucadas de conspicuos personajes. Huelga decir que tales obras han despertado más comentarios adversos que tempestades de admiración. Pero, como hoy los tiempos adelantan más aprisa que lo que indicaba la conocida frase zarzuelera, acaso quepa considerar como inevitables los rotundos cambios que se han operado en los dominios artísticos.

Se deben las primeras a José María Subirachs, uno de los escultores más dotados, si no el más dotado, de las nuevas promociones catalanas. A su escultura abstracta en hormigón armado para los jardines de los Hogares G. de Mundet ha seguido el *Monumento a la Marina*, en bronce, erigido en el paseo Nacional de la Barceloneta. Y recientemente, el Jurado nombrado por la Comisión encargada de levantar un *Monumento a Narciso Monturiol*, adelantado en las investigaciones de navegación submarina, ha aceptado por unanimidad la maqueta presentada por Subirachs.

Este joven escultor, galardonado en innumerables certámenes nacionales e internacionales, une o junta con singular maestría los más diversos materiales. Así, la insólita y yuxtaposición del hierro y la madera, del hierro y la piedra, del plomo y el hormigón armado, ese careo establecido con acerada acuidad, produce en nuestro ánimo punzantes sensaciones, despierta ecos adormecidos, resonancias remotas.

Al realizar las citadas obras para el exorno de las calles barcelonesas, Subirachs ha tenido en cuenta las dos condiciones esenciales que ha de reunir el monumento escultórico al aire libre. De un lado, su integración en la arquitectura o paisaje que le rodea; hay que procurar que no quede colocado allí como un regalo, sino que parezca brotado de la tierra, de una manera natural, como un árbol. Y, por otra parte, su función comunicativa exige que cause en el ánimo del espectador un choque, lo que ahora se llama un impacto.

Ha cundido el ejemplo y, como queda dicho, las esculturas abstractas destinadas a jardines, calles y plazas de Barcelona han surgido cual hongos en la humedad. Ahí están para atestiguarlo el *Monumento a Cerdá*, en hierro y hormigón armado, erigido en la avenida de José Antonio y construido por la Sección de Arquitectura de Parques y Jardines del Ayuntamiento de Barcelona; el *Monumento al Trabajo*, en bronce, obra de Eudaldo Serra y levantado en la carretera de Ribas, y las esculturas abstractas de Ángel Ferrant y Marcel Martí, que se yerguen en la plaza de Fernando Casablanca y barriada de Mombau, respectivamente. Y hay que quitarse el sombrero ante la mayor escultura del mundo, colocada en el rompeolas, a la entrada del puerto de Barcelona. Se llama *Ferroestructura número 5* y más pomposamente *Monumentos a los hombres del mar*. Mide 47 metros de largo y pesa más de 100 toneladas. El mástil que da airesidad a la escultura mide 15 metros. Un equipo de calderería y forja, compuesto de diez hombres, se ha pasado dos años trabajando sobre

los doscientos bocetos del escultor Salvador Aulestia, autor de esta desmesurada e impresionante obra, hecha de áncoras, piezas sueltas de maquinaria, hierros oxidados, hábilmente ensamblados.

El repetir que las “ciencias adelantan” no es venir a parar en una frase hecha con su poquito de tópico y su otro poquito de hipérbole, máxime cuando la plástica de nuestro siglo parece tender inexorablemente a la abstracción, y que la mayor parte de esas esculturas barcelonesas responden a la nueva sensibilidad propia de nuestro tiempo.

Por lo demás, resulta evidente a todas luces que existe una armonía entre esas esculturas y la Naturaleza circundante.